

843  
P.

PA 2383  
• P6  
P58

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
"ALFONSO REYES"  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

# PEDRO Y TERESA

---

## PRIMERA PARTE

---

### I

— Señora Chretién...

— ¿Qué, Gertrudis?

La persona á quien la doncella había llamado « Señora Chretién » acabó, sin prisa, de instalar sobre una cómoda ventrada, adornada de preciosas incrustaciones, un esbelto jarrón de cristal que aprisionaba tallos de lila blanca, y, después, retrocedió para ver qué efecto hacía aquel jarrón entre tantos otros y tantas flores más colocados sobre otros muebles. La luz de un mediodía de junio entraba á chorros en la vasta pieza irregular, medio salón, medio estudio de pintor, en la que, hermanando con caballetes, pinceles, telas y demás utensilios de pintura, asientos confortables, cómodo sofá, una mesa escritorio Luis XV cargada de baratijas, y un boa de plumas de

marabú olvidado sobre una silla, revelaban una presencia femenina. Unida al estudio por la supresión de un tabique, una pieza más estrecha, dispuesta á modo de jardín de invierno, — piso de mosaico, rocas y plantas verdes, — lo prolongaba en el sentido de la fachada : allí, como en el estudio, el sitio que dejaban las flores sobre los muebles estaba cubierto de paquetes, de estuches, de servicios de té, de cortapapeles, de grupos de Sajonia, de abanicos, de saquillos de viaje, de todo ese bazar matrimonial que la limitada imaginación de los donantes junta infaliblemente, más ó menos lujosos según la clase social de los futuros esposos, en la casa de una prometida.

Entre todo aquel lujo, entre aquella floración primaveral, iba y venía la silueta seca y negra de la señora Chretién. Enderezó ésta una ramilla de rosas, recogió sobre su brazo el boa olvidado, y, volviéndose hacia la joven criada que, arrimada contra la puerta, esperaba, repitió :

— ¿ Qué desea usted, Gertrudis ?

La doncella contestó :

— Otro paquete para la señorita.

— Traiga.

La señora Chretién tomó el paquete, miró la tarjeta que lo acompañaba, y murmuró :

— Es del señor barón Moulier.

Con la soltura de una ama de llaves á quien están confiados todos los poderes domésticos, desató el cordelillo dorado que sujetaba al paquete, quitó el papel que lo envolvía, y abrió la caja :

— ¡ Otro « desayuno » ! exclamó Gertrudis soltando una carcajada. Es el tercero, creo...

— El cuarto : la señora de Hemery ha enviado el cuarto esta mañana.

Durante un momento, las dos mujeres examinaron la doble pieza de orfebrería : el platillo, de forma alargada, y el tazón, imitando un voluminoso tulipán.

— Este es el más rico, dijo la señora Chretién. Es de plata sobredorada. Tiene gusto, el señor barón Moulier.

— ¡ Y dinero ! añadió Gertrudis con respetuosa entonación.

Á pesar de sus buenos modales de criada muy parisianizada, Gertrudis conservaba el acento de Normandía, su país natal. En cambio, en el habla de la señora Chretién se notaba el acento del país de oc, aunque atenuado, casi gastado por su larga y continuada estancia en París.

El costoso « desayuno » quedó instalado entre un reloj de viaje y un par de candeleros antiguos, con la tarjeta del barón delante. Después, el ama de llaves se fué á la mesa escritorio Luis XV, y, á los muchos nombres que cubrían ya las tres cuartas partes de una hoja de papel, añadió :

« El señor barón Moulier : tazón y platillo de plata sobredorada. »

Gertrudis preguntó :

— ¿ Almorzará en el comedor la señorita Teresa ? Es el señor quien lo pregunta.

— Diga usted al señor, contestó el ama de llaves, que la señorita tiene algún retraso. El traje que ha de ponerse para ir á la alcadía... la falda que ya una vez hubo que retocar, aún no sienta del todo bien. Una obrera está corrigiendo, aquí mismo, y, á medida, la va probando sobre la señorita.

— Entonces, ¿habrá que servir aquí?

— Dentro de unos diez minutos : un huevo pasado por agua, pan tostado y té.

— ¿Nada más?

— No.

— Poco es.

La señora Chretien miró á la joven; una sonrisa indecisa suavizó su cara grave de facciones finas; de tez colorada, con ojillos pardos penetrantes, en los que persistían, á pesar de los cincuenta ya cumplidos, las nobles líneas de la belleza clásica.

— El día de su boda, tampoco usted tendrá apetito; ya verá usted...

— Al contrario, espero estar más dispuesta que nunca, declaró alegremente Gertrudis. En mi país, cuando hay boda, la gente no para de comer en dos días.

Ya iba á salir, cuando volvió para decir :

— También pregunta el señor Dautremont si estará lista puntualmente la señorita.

— ¿Para las cuatro? Son las doce y media... Cierto que estará lista la señorita.

— Es que, ya está listo, el señor.

— No me extraña... Pero, tranquilícese usted; no

le haremos esperar. Aguarde, joven... me parece que tenía que preguntarle á usted algo... Ya sé : ¿ha llegado la señorita Bricart?

— ¿La señorita Bricart?

— Sí, la antigua institutriz de la señorita...

— ¿La que viene de Londres para asistir á la boda?

— La misma.

— Su cuarto está preparado, pero no he visto aún que nadie haya llegado.

— Cuando llegue la señorita Bricart, cuide usted de que no la hagan esperar en la antecámara : que la conduzcan aquí en seguida y que se la trate con mucha cortesía.

— ¿Como si fuera una señora?

— Pero, Gertrudis, la señorita Bricart es una señora. Escuche... están llamando... Abren la puerta de entrada. Vaya usted á ver.

La joven obedeció. Apenas si le quedó tiempo para dejar paso á la recién llegada. Una mujer gruesa, con traje de viaje verde obscuro, gorrete de paja negra y lazos morados puesto sin elegancia sobre cabellos entrecanos, redonda de cara, redonda de pecho, redonda de caderas, de andar vivo aunque no acompañado, — en la mano derecha, un voluminoso saco de viaje inglés, y, en la otra, una manta enrollada alrededor de un paraguas, — penetró en el estudio, tomó aliento un instante, y corrió hacia la señora Chretien.

— ¡Ah mi buena señora Chretien... Qué contenta

estoy de verla á usted y de hallarme de nuevo aquí!

Las dos mujeres se abrazaron.

— Gertrudis, lleve usted esto al cuarto de la señora Bricart, dijo el ama de llaves dando á la criada el saco y la manta.

La recién llegada, apoyando sin elegancia sus manos sobre sus caderas, examinaba el estudio con sus ojos grises, centelleantes de inteligencia.

— ¡Qué de flores, qué de blancura! exclamó. ¡Y qué de objetos! Parece esto un gran almacén en víspera de primero de año... ¿Llego á tiempo, verdad? Figúrese que perdí la correspondencia de Douvres, ayer tarde.

— Eso decía, en efecto, su telegrama de usted. ¿No la ha cansado demasiado la travesía, de noche?

— Nada. He dormido bien en el barco, y luego en el tren antes del almuerzo.

No obstante, se sentó, después de haber estado mirando un rato la avenida del Trocadero, descubierta, en aquel sitio, hasta la orilla del Sena. Sonrió á las paredes, á la luz, al estudio, recordando todo aquello.

— Salvo las flores y todos esos objetos, dijo, nada ha cambiado desde hace dos años... Pero, este matrimonio, ¡qué acontecimiento, qué cosa tan imprevista! ¿Podré ver á Teresa antes de que vaya á la alcaldía?

— Seguramente, contestó la señora Chretien sentándose al lado de la institutriz. Teresa va á venir. En este momento están retocando, sobre ella, el vestido

que ha de ponerse esta tarde. Pero almorzará aquí, con usted, si usted gusta.

— Gracias. He almorzado en el tren. Vaya, hableme en seguida del matrimonio, del marido... Teresa no me ha dicho casi nada.

— ¿De veras? ¡Ella que no tenía secretos para usted! No será, sin embargo, por falta de cartas...

— Desde luego... Sé algo, en efecto, pero ignoro los detalles. Supongo que ha querido excitar mi curiosidad, para obligarme á venir de Inglaterra. Por otra parte, ¡tan de prisa ha marchado el asunto! Fíjese en que quedé yo en la proyectada unión con Pontmagne, el fiscal... Y he ahí que un tal Pedro Hontacque cae del cielo, y que en tan pocas semanas...

Así es. Los acontecimientos se han precipitado. Pero, ya conoce usted á Teresa... Una vez decidida...

La institutriz asintió con un movimiento de cabeza. Tenía una cara redonda y muy encarnada que recordaba aquellas cabezas que á nuestras abuelas servían de molde para sus cofias; pero la inteligente expresión de la fisonomía contrastaba con el añejo dibujo de sus facciones. El ama de llaves prosiguió, con imperceptible recelo:

— Y, figúrese usted que yo soy la causa indirecta del acontecimiento.

— ¿Usted, señora Chretien?

— Hace muchos años que conozco al futuro de Teresa. Es de Gascuña, como yo; además, mi marido

y él han estado en relaciones de negocios en Tunisia, hace unos doce años, cuando las obras del puerto de Bizerta.

— En ese caso, dijo la señorita Bricart, conservará usted su cargo de... ministro de la Gobernación, en casa de la nueva pareja...

— ¡No... eso sí que no!

Llamó la atención á la viajera la vivacidad de la réplica. Pero ya había recobrado el ama de llaves su aire de indiferencia:

— Ya tengo cincuenta muy cumplidos, señorita. Bastante tiempo he vivido en casa de los demás. Tomo mi retiro. Á mi vez, quiero vivir en mi casita, con mi hijo.

— ¿Está bien de salud, Majencio?

— Siempre algo delicado, pero es bonísimo y muy trabajador. Es el mejor discípulo de Labrique. Ya hace objetos de arte muy estimados, joyas, chucherías. Ha obtenido una recompensa en la última Exposición de Bellas Artes. Y, á más de eso, de él sí que se puede decir que es un alma de élite...

Dos lágrimas, pero tan menudas que pudo esperar disimula brillaron en los ojos de la madre. Se volvió, y dijo Gertrudis que traía una bandeja:

— Sobre la mesa de juego, Gertrudis. Ahí, al lado de la ventana... Bien.

La institutriz le tocó el brazo para de nuevo traerla á la conversación, y, bajando la voz, le dijo:

— Hábleme del novio.

El ama de llaves no dió del todo cara á su interlo-

cutora, y, mientras afectaba el seguir los movimientos de la criada, contestó:

— ¿El señor Hounctacque?... Pues... muy bien... Buen mozo, inteligente... ganando mucho dinero... En suma, muy bien.

— Para una persona que ha sido causa del matrimonio, dice usted eso con aire muy extraño...

Esta vez, la señora Chrétien miró cara á cara á la institutriz, y, con semblante tan cumplidamente inmóvil que hasta la mirada parecía sin pensamiento, contestó:

— ¿Por qué habría yo de tener ese aire extraño de que usted habla? El señor Hounctacque lleva gallardamente sus treinta y seis años; es un soberbio partido, hasta para una joven como Teresa, — hasta para la hija de un rico industrial como el señor Dautremont. Además, Teresa le dará á usted más detalles. Por cierto que me parece que viene.

Alzose el cortinón que ocultaba la puerta del jardín de invierno. Una magnífica silueta femenina apareció en el umbral; tenía desnudos los brazos, y un cubrecorse servía de perfecto molde á su busto. Sobre su falda azul claro, los hilvanes dibujaban arabescos. La señorita Bricart palideció de emoción. Se levantó, corrió á la puerta, exclamando:

— ¡Teresa!

Tendió sus encarnadotas manos; Teresa las apretó y guardó en las suyas. Durante un momento, la institutriz contempló á su antigua discípula; su mirada inteligente escrutadora manifestaba admiración. Te-

resa, sonriente, pero emocionada también, se dejaba mirar. Era una hermosa joven en plena floración, ya mujer por las cumplidas formas de un cuerpo soberbio, adivinadas bajo aquel incompleto traje. Su rostro, de facciones bien proporcionadas, quizá demasiado acusadas, sobre todo la nariz recta y la vigorosa barbilla, no desdecían de aquel cuerpo, aunque no igualaban su gracia majestuosa. Una boca sana de labios gruesos, una frente baja coronada de cabellos castaños, vulgares en cuanto á color y finura, pero sumamente abundantes, ojos medianos de un azul un tanto morado, muy luminosos, muy profundos, completaban un tipo femenino raro entre las francesas, en quienes la gracia es la regla, y la belleza la excepción. Teresa carecía en absoluto de lo que se entiende por gracia; pero, en Inglaterra ó en Norteamérica habria sido proclamada belleza profesional.

— Siempre magnífica, mi Teresa, murmuró la señorita Bricart. Inclínese un poco para que la abrace... Descuide, que no la despeinaré.

Teresa ofreció su cara. La institutriz le dió, en cada lado del cuello, un cumplido beso maternal. Y, á su vez, fué besada por Teresa sobre el bermellón natural de sus dos mejillas.

— Muy simpático, dijo Teresa, es el que por nosotros haya usted abandonado á sus tres pequeñas Hogson. Algo faltara á mi dicha si no la hubiera tenido á usted aquí durante estos dos días. ¡Mi buena miss! ¡Mi buena Leona! Tan pronto como me dijeron que habia usted llegado, lo dejé todo y acudí...

Á propósito, ¿qué tal le parece á usted mi falda?

— Pues... muy bien... pero, ya sabe usted que, yo, poco entiendo de esas cosas.

— ¿Y á usted, señora Chrétien?

El ama de llaves rectificó un pliegue, y contestó:

— Todavía está demasiado largo el sesgo. Pero, puede quedar así. Además, hay que apresurarse... ya es la una y cuarto.

La doncella, que ya habia terminado de poner el cubierto, admiraba también.

— Gertrudis, dijo Teresa, vaya en seguida á buscar mi bata. Acabarán la falda mientras almuerce.

— Voy yo misma, dijo el ama de llaves.

Mientras se quitaba la falda y se ponía la bata, Teresa conversaba con su antigua institutriz.

— Me parece, decía ésta, que mi Teresa se ha vuelto tan coqueta como su hermana Susana.

— Qué quiere usted, mi buena Leona, contestó Teresa riéndose; no puedo presentarme mal vestida al lado de un marido muy elegante... Vaya, ahora voy á tomar un huevo y una taza de té. No es que tenga apetito alguno; me han atropellado demasiado, hoy.

Más seductora aún con aquella bata de crespón de China y de encajes que se ceñía á su cuerpo impecable, Teresa tomó la mano de la señorita Bricart y la condujo hacia la mesita servida.

— Siéntese ahí, á mi lado.

— ¿No necesita de mí la señorita? preguntó la señora Chrétien.

— No, gracias. También Gertrudis puede marcharse... Me serviré yo misma.

Ya que el ama de llaves y la doncella las hubieron dejado solas, Teresa y su antigua institutriz se miraron, alegres, con esa mirada que es como una nueva toma de posesión de las caras queridas, largo tiempo ausentes, por fin reconquistadas.

Entre la profesora y la discípula, sobre todo durante los últimos años, había reinado la intimidad de dos amigas muy tiernas, muy confiadas. Habían acabado por llamarse, una á otra, por sus nombres de pila. Más que con su hermana, sentíase Teresa en parentesco de espíritu, de sentimientos, con su querida Leona. Y, desde que, ya terminada la educación, la señorita Bricart se había vuelto á colocar en Inglaterra, faltaba á Teresa, á pesar de una frecuente y copiosa correspondencia entre ambas, aquella presencia fraternal.

La fisonomía de la maestra tomó un aspecto grave :

— ¿Feliz? murmuró.

— Muy feliz, acentuó firmemente Teresa. Siento esa dicha que hace que dudemos de la realidad y que nos preguntemos con ansia : « ¿Acaso estoy soñando? »

— ¿De modo que, amor completo?

— ¡Sí!... Todo está acaparado ; corazón, cabeza y lo demás.

— ¡Teresa! corrigió la institutriz.

La joven prorrumpió en sana risa :

— ¡Bah, tengo veinticuatro años!... Además, aquí para entre nos, miss, jamás hemos blasonado de falso pudor. Estoy muy enamorada de mi futuro.

Mientras hablaba, despachaba su ligero almuerzo, tan exuberante de juventud decidida y de vida alegre, que la institutriz se gozaba en mirarla. Comenzaba el sol á dorar el ángulo del estudio. En la avenida del Trocadero, notábase aquella hora meridiana : escasos ruidos de coches de andar lento, algunos ronquidos de automóvil, el rodar más espaciado de los tranvías. Teresa, después de empujar su plato, se puso á beber á sorbitos una taza de té.

— En suma, dijo la institutriz, su matrimonio de usted es una aventura muy novelesca.

— No por cierto, no, replicó Teresa descansando su taza. Nada de novelerías. ¿Lo novelesco, verdad, es lo contrario de la lógica, del encadenamiento natural de las cosas? Pues bien, nada más lógico, más naturalmente encadenado que mi encuentro con Pedro Hountacque... Lo que ha sucedido, *tenía que suceder*; es más, con un poco de perspicacia, hasta podía casi preverse. No lo habíamos previsto ; ni más, ni menos.

— ¡Cuénteme, cuénteme!

— La señora Chrétien, que gobierna nuestra casa desde hace varios años, es de las cercanías de Nerac, de donde es Pedro...

— ¿Ella es quien le habló á usted de él?

— No. Nunca nos había hablado de él, cosa muy extraña por cierto, dada la importancia de Pedro en

aquella región... En cambio, con frecuencia nos ponderaba su país natal, los valles de la Baise y de la Gélise, la landa gascona, y, sobre todo, cierto castillo de Roquefón, un castillo del siglo XI, admirablemente restaurado, el cual constituye la excursión clásica del país.

— En efecto, dijo la señorita Bricart. Más de una vez me habló á mí del tal castillo; recuerdo muy bien.

— Hablaba de él á todo el mundo... Bien, pues hace tres meses — terminaba marzo, y hacía un verdadero tiempo de verano, muy cálido, muy tormentoso — atravesábamos el sudoeste de Francia en automóvil, camino de Biarritz, papá, Susana y yo. Cerca de Agén, papá, que se reserva la función de guía absoluto, nos dice: «Vamos á pasar á siete kilómetros del castillo de Roquefón. No había dejado, la señora Chrétien, de alabarle á él también esa maravilla; entonces, Susana y yo declaramos que exigíamos la visita del castillo... Eran cerca de las seis, y teníamos que comer y hacer noche en Mont-de-Marsán. A pesar de lo amenazador que estaba el tiempo, papá cede: siempre está listo para visitar todo lo que se presente. Llegamos á Roquefón al mismo tiempo que otro automóvil de turistas. Nos enseñan el castillo, que, en efecto es muy hermoso, y que, además, está alhajado con sumo gusto. De repente, comienza á llover; ¡pero de qué manera!... Ninguno de los dos automóviles tenía cubierta. Papá comenzaba á gruñir; Susana y yo nos burlábamos de su mal humor, cuando

vienen á decirnos, á los otros turistas y á nosotros, que el propietario del castillo pide presentarse á nosotros. Llega un caballero sumamente correcto; nos declara que ha visto nuestros coches en el patio y que los ha hecho meter en el garaje; que se niega á que con un tiempo semejante nos pongamos de nuevo en camino, y que nos ruega que aceptemos la hospitalidad que nos ofrece, siquiera para comer... Los otros — gente muy bien, nobleza de las cercanías — aceptan en seguida; papa discurrea (ya sabe usted, lo que llamamos sus frases «de consejo de administración»), pero acaba por aceptar también. Nos sentamos todos á la mesa.

— ¿Y, entonces... el trueno gordo?

— Sí, el trueno gordo, mi querida Leona.

De nuevo soltó su risa sonora, que descubría su dentadura mate, firme, apretada. Luego, acercándose á la institutriz y cogiendo en sus manos la manaza encarnada de su antigua maestra, le dijo, más quedo:

— ¿Recuerda usted cuando ambas hablábamos del amor? Tan poco enteradas estábamos una como otra, pues, aquí para entre nos, ni jota sabe usted de eso, mi buena miss. Conveníamos en que ningún hombre merecía el sacrificio de nuestra libertad. Pues bien, ándese con cuidado... El amor se manifiesta bruscamente, de improviso, por alguien á quien no conocíamos la víspera... Aún no había terminado la comida de Roquefón, que ya estaba yo segura de una cosa: que no me casaría con el señor Pont...



— ¿Y él? ¿el señor Hountacque?...

— ¿Él? De una corrección absoluta... Tan atento con mi hermana y con las señoras del otro automóvil como conmigo. Salimos de Roquefón al día siguiente por la mañana, cargadas de las más raras flores de sus invernaderos. ¿Querrá usted creer que durante el resto del viaje ya no pensé más que en él, en él, con quien apenas había cambiado veinte frases?

— ¡Usted, Teresa, usted tan formal!

— ¡Sí, yo, Teresa, tan formal! No se indigne, mi buena Leona; le repito á usted que no entiende jota en eso.

La abrazó, y prosiguió:

— Quince días después, al regresar á París, hallamos su tarjeta. Papá, cándidamente, le invitó, y se establecieron relaciones. No tardamos mucho en entendernos, Pedro y yo; pero tuve que luchar con papá, tan pronto como le manifesté mis intenciones.

— ¿Por qué, pues?

— Porque Pedro es un *self made man*... Buena familia de allá, sin embargo, emparentada con lo mejor de Gascuña... Pero, el padre y la madre, arruinados, separados (ya hace tiempo que ambos murieron)... Él ha tenido una juventud de niño perdido, una de esas juventudes que á nadie extrañan, y que hasta son admiradas cuando son de un inglés ó de un norteamericano, pero que asombran en un francés y lo hacen casi sospechoso. Antes de cumplir diecisiete años, ya había roto con los suyos y buscaba su vida en la Argentina. Ha sido profesor de esgrima en

Rosario. Después se ocupó de obras públicas; primero tomó parte en el Transsiberiano, y luego en la construcción del puerto de Bizerta; en este último punto es donde comenzó su fortuna. Desde entonces, en menos de siete años ha prosperado ésta de una manera asombrosa. Papá dice: «No sé cómo se las arregla, pero ninguna obra importante se lleva á cabo sin que figure él en ella.» Rico á los treinta años, compró y restauró Roquefón. Mas no por eso se está quieto, y sigue removiendo piedras y millones.

— ¿Y qué de reprehensible hay en todo eso?

— Absolutamente nada, ¿verdad? Tanto menos cuanto que Pedro hace mucho bien; ha fundado asilos, hospitales; es adorado de sus subordinados y de sus compatriotas. Su fortuna ha esparcido el bienestar en torno suyo. Sólo que, ya conoce usted á mi padre, que es un burgués aristócrata imbuido de ciertos principios. Si Pedro hubiese entrado en una administración y en ella se hubiera enmohecido durante quince años (como el honrado Pontmagne, el futuro de sus ensueños), Pedro le sería simpático. Otra cosa: Pedro ha llegado demasiado alto para no haber excitado celos. Cuando un hombre hace tan rápidamente semejante fortuna, nunca falta gente que con gestos, con silencios y con palabras, deje entender posibilidades equívocas. Por suerte, mi padre tenía á su disposición á dos personas que han conocido á Pedro: una, desde su infancia; la otra, casi en sus comienzos.

— En primer lugar, la señora Chretién.

— Sí, la señora Chretien, su compatriota. Chretien, su marido, estaba de empleado en el Crédito colonial, en época en que Pedro trabajaba en Bizerta... Es más, hasta eran muy amigos, Pedro y él... Por añadidura, Hemery, actual director del Crédito colonial en París, dirigía entonces la sucursal de Túnez: Hemery es amigo nuestro. Ha certificado que ninguna prueba precisa había de algo que pudiera manchar la honorabilidad de Pedro desde la lejana época en que comenzó su fortuna... Papá, no teniendo ya nada que objetar, acabó por ceder. Pero, de todos modos, he pasado horas tremendas entre papá tan autoritario, y mi novio, al que irritaban objeciones, preguntas, averiguaciones. Una noche, especialmente, creí que todo quedaba roto y sabía yo que, si todo se rompía, Pedro se suicidaba. No, no se sonría usted, pues no se trataba de una vana amenaza; tiene Pedro un tan tranquilo desdén de la muerte, que, aún hoy mismo, me aterra. Tal es, querida, el hombre con quien me caso... Cierto que tan áspera resistencia ha sido motivo de que Pedro y yo hayamos probado qué temperamento y qué corazón tenemos. ¡Ah, querida amiga: me ha conquistado de manera tan absoluta, que estoy espantada y ebria de felicidad! Y cuando pienso que esa conquista va á ser ratificada ante la ley, ante la Iglesia; que vamos á ser marido y mujer, que, para el resto de la vida, será mío y yo suya...

No pudo terminar. Su busto se alzó; lágrimas de dicha acudieron á sus párpados. La señorita Bricart murmuró:

— ¡Cuánto le ama usted! La verdad, me dan celos. ¡Usted, usted, Teresa, usted tan prudente, tan dueña de sí misma, tan serena! ¡Usted, enamorada hasta ese punto de un hombre á quien usted ignoraba hace cuatro meses! No la reconozco á usted.

— ¿Y cree usted que me reconozco yo á mí misma? contestó la joven abrazando á su antigua profesora.

Quedó un rato anodada contra la afectuosa cara de la institutriz, y, cerquita de su oído, murmuró:

— Había en mí una Teresa que ni usted ni yo sospechábamos, Leona. El haberla descubierto, unas veces me avergüenza un poco... y, otras, me llena de orgullo... En los momentos de orgullo, miro con lástima á la Teresa de antes, que vivía fría é inútil en su casto limbo.

La señorita Bricart no contestó. Ya que Teresa, después de nueva caricia, se hubo vuelto á su sitio, la institutriz preguntó:

— ¿Y el señor Pontmagne? ¿Qué ha hecho usted de él entre los nuevos proyectos?

— Pontmagne se ha portado muy bien. Me he explicado francamente con él, y me ha devuelto, no mi palabra, puesto que ninguna le había yo dado, sino la sombra de esperanza que le había yo dejado concebir antes de conocer á Pedro. Es un corazón leal. Tengo verdadera satisfacción al conservarlo como amigo.

— ¿Y su otro enamorado?

— ¿Quién? preguntó Teresa con sincera incompreensión.

— El joven Chretien.

— ¿Majencio?... No creo que se haya tomado él nunca en serio en ese papel... Cuando Susana, él y yo éramos casi unos niños, nos ha sucedido jugar, correr juntos en el parque y en los bosques de Prevannes. Más tarde, usted misma le ha visto darme algunas lecciones de dibujo, ir conmigo de caza. Siempre le he tratado como á un igual; tiene talento y es un muchacho honrado. Pero... ¡ en fin, aunque sólo fuera su edad: apenas veinte años, y yo veinticuatro!... Me hace el efecto de un chiquillo.

— Estaba muy enamorado de usted; su madre me lo ha dicho varias veces.

— No creo que le atormente mucho ese amor, replicó Teresa alegremente. Es más, desde hace algún tiempo parece olvidarme: casi no le veo. Tengo entendido que está muy ocupado; va siendo conocido en su arte. En resumen: confieso que no me queda tiempo para acordarme de él.

La puerta se abrió detrás de la señorita Bricart.

— Leona, repuso Teresa, su otra alumna viene á saludarla á usted.

— ¡ Querida Susana!...

— ¡ Buenos días, miss!

El abrazo fué menos tierno que con Teresa, mas no por eso dejó la coloradota Leona de besar, en las dos mejillas, con sincera amistad, la linda joven en traje de tennis, quien, instintivamente, defendía un tanto contra aquellos gestos bruscos su minucioso peinado y su ropa especial que ni siquiera resultaba

arrugada al cabo de un buen rato de juego violento. Mucho más pequeña que su hermana, era también mucho menos hermosa, pero infinitamente más parisense, más moderna. Sus cabellos demasiado rubios, muy ondulados, adornaban una cara que denotaba rebeldía é ingenio; tenía hermosos ojos grises, facciones irregulares y graciosas, una piel transparente, harto delicada.

De una delgadez elegante, su arte de la « toilette », aún en aquel traje de ejercicio físico, se afirmaba por el corte rebuscado de la blusa de tela blanca, por el color exótico de las medias y de los zapatos, por un poco — muy poco — de artificio en el color del pelo, en el afeitado de la cara, en el rojo de los labios. Tenía cinco años menos que Teresa, y su nacimiento había costado la vida á su madre.

Teresa rozó con un beso el pelo de Susana; ésta le entregó un paquete que llevaba en la mano;

— Lo traían en el momento de subir yo: me parece que es del señor Archeres.

— ¿ El poeta compositor? preguntó la señorita Bricart.

Al contestar Susana « sí » con la cabeza, la institutriz añadió:

— Uno de sus valsos cantados tiene mucho éxito en Londres en este momento.

Teresa abrió el paquete: un « desayuno » de Sajonia moderno.

— ¡ El cuarto! exclamó Susana riéndose.

— No, el quinto. Parece ser que tu futuro me lo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

enviado uno de plata sobredorada. No siquiera he tenido tiempo para dedicarle una mirada.

— Te prohibo que llames al barón « mi futuro », dijo Susana amoscada.

— Tu flirt, entonces.

Las tres fueron á colocar el nuevo regalo entre los demás. La señorita Bricart admiró la exposición de aquellas maravillas.

— Le dan á una ganas de casarse, dijo.

— Desde luego, si no hubiera además el marido, dijo Susana.

— ¿ Siempre rebelde, linda Susana ?

Hizo ésta una graciosa mueca :

— Haré como las demás ; pero, por ahora, no siento entusiasmo alguno...

Volvieron hacia las ventanas, atraídas por la alegría de la luz. Susana preguntó á Teresa :

— ¿ Quedó por fin listo, tu traje ?

— Están acalando de corregir la falda.

— ¿ Y, queda bien ?

— Lo suficiente para que el alcalde del XVI<sup>o</sup> distrito consienta en casarnos. Pero, tú... todavía con traje de tennis; á estas horas...

— Me sobra tiempo. Acabo de dejar á papá entregado á su puro y á sus periódicos. Ya está en traje de consentimiento : levita negra y pantalón gris perla.

Las tres se recodaron á una ventana. La avenida pel Trocadero parecía adormilada bajo el ardiente sol.

— ¿ Qué ha hecho usted esta mañana, bella joven ? preguntó la institutriz.

— Querida miss, contestó Susana, me he levantado á las siete y media ; después de lavarme, y vestirme, he escrito dos cartas. Á las diez, salí con Gertrudis, á pie, hasta la calle Royale, en donde hablé con mi modista respecto de mi sombrero de matrimonio... no el matrimonio de hoy, el de mañana en la iglesia de Saint-Pierre de Chaillot, el verdadero. Después, tomamos un modesto automóvil de punto, y nos fuimos á mi tennis, situado en el bulevar Exelmans. Estuve jugando hasta las once y media, y regresé á pie, para reaccionar. Al pasar por el muelle de Billy, me he inscrito en el registro de la gran duquesa Fedor, quien está en París, y también puse tu nombre, Teresa. He almorzado con el rico industrial, senador del Orne, mi padre. Y heme aquí.

— Siempre puntual, correcta y cumplida, Susana, dijo la señorita Bricart.

— Sí, ya sé, contestó Susana... « Orden en la frivolidad », como me decía usted cuando era su discípula. No he cambiado, miss.

— Y muy bien que hace, observó Teresa. Tal como es, todo el mundo se pirra por ella. Primero papá, de quien siempre fué la preferida... Y, luego, todos los hombres, en general.

— ¡ No tu futuro, en todo caso !

— ¡ Sí... él como los demás ! Cierto que no hacéis más que pincharos uno á otro cuando estáis juntos ; pero, en el fondo, sois buenos amigos. Y el barón